



NATHANIEL HAWTHORNE

La casa de los siete tejados

Introducción de MILTON STERN

A finales del siglo XVII, en una pequeña localidad de Nueva Inglaterra, el venerable coronel Pyncheon decide construirse una ostentosa mansión donde un día hubo la cabaña de Mathew Maule, condenado por brujería a morir en el cadalso en un juicio presidido por el coronel. El acusado lo maldijo y el día de la inauguración de la casa, Pyncheon murió repentinamente dejando a sus descendientes la mansión y el infortunio.

La presente edición incluye una introducción a cargo del prestigioso catedrático de literatura inglesa de la universidad de Connecticut, Milton R. Stern, que analiza en profundidad la figura de Nathaniel Hawthorne, quien, a pesar de ser un firme defensor de la idea de América como una tierra de oportunidades, también quiso reflejar en sus obras el lado más oscuro de la condición humana.

INTRODUCCIÓN

I

La casa de los siete tejados está curiosamente divorciada de los valores y la psiquis de la época en la que surgió (Hawthorne empezó el libro el 6 de marzo de 1850 y lo terminó el 27 de enero de 1851), y al mismo tiempo presenta un profundo arraigo en el ambiente y en el momento histórico de Hawthorne. F. O. Matthiessen resumió lo que todos los críticos han coincidido en decir desde la publicación de la obra al comentar que *La casa de los siete tejados* constituye el «mayor acercamiento a la vida cotidiana contemporánea» de todas las novelas de Hawthorne. Como tal, el libro conserva su puesto entre la literatura americana más leída e ilumina el empleo que hacía Hawthorne de sus materiales, empleo que revela un incómodo aunque firme rechazo de algunos de los rasgos distintivos más aceptados en su tiempo.

El tópico más básico, poderoso, manido, productivo y simplista de todo el repertorio de suposiciones que impregna la vida y la literatura americanas es el concepto del Nuevo Mundo como el lugar en el que se cumplen los sueños y anhelos que desde siempre han caracterizado a la civilización occidental. Los cristianos en general, y en particular los fundamentalistas protestantes que fundaron Nueva Inglaterra, vieron América como un modelo de la Ciudad de Dios. América es el país de Dios, y los americanos son su pueblo elegido. El gusto de los puritanos del siglo XVII

por los nombres del Antiguo Testamento no era sino un reflejo de la certeza de que los pioneros disidentes del Viejo Mundo eran los nuevos israelitas construyendo la Nueva Canaán, la Nueva Jerusalén, la Ciudad de la Colina. Edward Johnson, en una famosa y representativa crónica con el título sintomático de *Las milagrosas providencias del Salvador de Sión en Nueva Inglaterra* (1654), se mostraba exultante, por ejemplo, ante una epidemia que casi aniquiló a los indios porque la consideró una «providencia», un portento milagroso de la intervención divina que señalaba la eliminación de los hijos de Satanás de la tierra con objeto de que quedara física y moralmente limpia para el advenimiento purificador del Elegido de Dios.

La mezcla de la identidad religiosa y patriótica en el sentido de un destino nacional especial no dejó de afectar en el siglo XIX a Nathaniel Hawthorne de Salem, cuyo tatarabuelo, John Hathorne, fue uno de los jueces más severos durante la histórica caza de brujas de 1692. En la Salem del siglo XIX, no creer patrióticamente en la providencia exclusiva y comercial del destino especial y trascendente de América, nuevo en toda la historia, no sólo equivalía a negar la identidad nacional, sino además a ser considerado en cierto modo ateo, malvado o, como mínimo, no cristiano. Esa incredulidad parecía situarlo a uno contra la corriente del progreso democrático y volverlo cuestionable desde el punto de vista social. Aunque los contemporáneos de Hawthorne no acusaron de brujería a más de cuatrocientas personas y cuatro perros, como sí hicieron sus antepasados puritanos, las intolerantes afirmaciones y certezas de las antiguas generaciones se habían transmitido a la «confianza» yanqui, obtusa, mezquina y materialista de Salem, y a su invencible optimismo, que repugnaba a Hawthorne. En *La casa de los siete tejados* la repugnancia de Hawthorne se manifiesta en sombríos ejes centrales como el personaje del juez Jaffrey Pyncheon y en apartes divertidos sobre los ni-

ños aficionados a regatear, que compran pan de jengibre o escuchan a organilleros.

Los americanos están tan acostumbrados a que la palabra mágica «Nueva» preceda a los topónimos del Viejo Mundo, como Hampshire, Inglaterra, Jersey y York, que las denominaciones ya no llevan la carga política y psicológica que antaño trajeron a la Joven América de Emerson, en la que Hawthorne ocupó su lugar. (Conviene recordar que Hawthorne tenía ya uso de razón —contaba ocho años— cuando estalló la guerra de 1812, y que había cumplido veintiuno cuando llegó a su fin la llamada «era de los buenos sentimientos»). Sin embargo, la omnipresente insistencia en lo joven y nuevo —en el buen sentido de la oportunidad espiritual anunciada por el Trascendentalismo Americano y en el sentido explotador de la posibilidad económica y política celebrada por la incipiente democracia jacksoniana, dos conceptos que florecieron entre 1830 y 1840— creaba un estrépito ineludible en los oídos de Nathaniel Hawthorne.

Por un lado, Hawthorne deseaba apartarse del tumulto del progreso proclamado con tanto júbilo. Todo lo que escribía insinuaba su desconfianza en un cambio revolucionario en la naturaleza y en las perspectivas humanas, y algunas obras, como *El holocausto del mundo*, proclamaban de forma explícita esa desconfianza. Por otro lado, se cansó de los «fantasmas», como él los llamaba, los personajes de ficción que le atormentaban en un paisaje nocturno en el que se representaba su visión de una hermandad humana universal esclavizada de forma ineludible por la limitación humana general. Anhelaba unirse a la «vulgar prosperidad a la simple luz del día de mi querida tierra natal», como afirmaba en el prólogo de *El fauno de mármol*. Sus obras de ficción —y *La casa de los siete tejados* no supone ninguna excepción— están llenas de oposiciones y contrastes entre la luz del sol y la luz de la luna, entre la luz del día y la sombra. La luz del sol es o bien la luz dura y clara del mundo

práctico, despiadado, metódico e insaciable de los hechos, los negocios y la política (por ejemplo, la sonrisa indolente del juez Pyncheon), o bien la luz alegre y redentora del mundo práctico y doméstico de los hechos y la vida diaria y corriente. (Por ejemplo, el autor describe constantemente a Phoebe como «un rayo de sol» o «radiante». Hawthorne sabía muy bien que la palabra griega *phoibos* —que significa «luminoso», «brillante»— daba nombre no sólo a la diosa de la luna, Artemisa, sino también a Apolo Febo, dios del sol). En los escritos de Hawthorne el mundo del sol y del día es el mundo de la sociedad y de lo práctico, a veces redentor y a veces destructor. La luz de la luna o la sombra representa la atmósfera del mundo invisible del mal, del pasado y de los recovecos ocultos del corazón (la propia casa de los siete tejados se describe como un corazón), o bien es el mundo de la creación artística, que aísla al artista de la sociedad (aunque Holgrave es un artista que explora el pasado de Maule y de Pyncheon, vive en una casa vieja y oscura). En las obras de Hawthorne el mundo crepuscular representa el mundo de la imaginación fértil, redentora en unos casos y destructora en otros. En su fuero interno, en lo que él denominaba una «atmósfera nebulosa», Hawthorne rechazaba las suposiciones más apreciadas y poderosas de una sociedad a la que —también en su fuero interno— ansiaba incorporarse como un respetable y representativo burgués de domingo. Su yo de ciudadano vivía en constante tensión con su yo de artista, y *La casa de los siete tejados* es el libro que mejor representa desde un punto de vista temático el momento de la supremacía del mundo diurno en Hawthorne. La fuerza redentora del sol radiante gana el día, y también la noche.

Sin forzar demasiado las cosas, puede verse la vida de Hawthorne como un ritmo de impulsos opuestos, de alternancias entre la necesidad de pertenencia al mundo diurno de la sociedad y la necesidad de retirada al crepúsculo de la reflexión pesarosa sobre el significado de ese mundo.

Nació en un día sin duda muy público: el Cuatro de julio de 1804; en una sociedad sin duda muy convencional: Salem, Massachusetts; y en una familia sin duda muy establecida en esa sociedad: los Hathorne, de la vieja estirpe puritana. La identidad implícita en su herencia se alternaba con soñadoras visitas de juventud a la familia de su madre, en Maine. En 1821 ingresó en una universidad respetable, Bowdoin, donde recibió una formación respetable y, en 1825, un título también respetable. Con su primera novela, *Fanshawe*, alcanzó cierta fama en 1828. Pero luego, avergonzado de esa primera obra un tanto embarazosa, se refugió en el silencio, trató de hacer desaparecer el libro y destruyó tantos ejemplares como pudo. Incluso negó ser su autor.

Volvió con su madre a Salem, donde transcurrieron doce años de aprendizaje literario. Durante estos años alternó de nuevo los encierros reflexivos en su habitación, conjurando en su mente ficciones y moralejas, con los intentos de convertirse en una voz pública, en un escritor aceptado y de éxito. Publicó obras ocasionales en la *Gazette de Salem*, en el *Token* y en otras revistas, algunas de las cuales fueron recogidas en 1837, como *Cuentos contados dos veces*. A continuación se retiró a escribir otra vez, y luego, en 1839 y 1840, volvió a la vida pública como delegado demócrata en la oficina de aduanas de Boston. En 1841 pasó siete meses en la granja Brook, y en 1842 contrajo matrimonio con su amada Sophia Peabody, representante de la comunidad más respetable. Se llevó a su esposa, presencia venerada de la sociedad y el decoro, a Concord, donde se dedicó a escribir durante cuatro años de feliz encierro relativo en la Old Manse, la casa ancestral de Ralph Waldo Emerson (en 1846 publicó *Musgos de una vieja casa parroquial*)^[1]. Pero ese año, una vez más como delegado demócrata en una aduana, volvió a la vida pública de Salem, esta vez para permanecer allí tres años. En 1850 se retiró de nuevo durante un año en una casa situada cerca de Lenox, en las colinas de Berkshire, donde escribió *La casa de los siete teja-*

dos. Regresó a la casa Wayside de Concord en 1852 y durante otro año disfrutó de su vida privada y familiar. Sin embargo, en 1853 aceptó un cargo en el consulado de Estados Unidos en Liverpool (era compañero de clase y amigo del presidente Franklin Pierce, cuya biografía había escrito en 1852 para la campaña electoral), donde permaneció los cuatro años siguientes. De 1858 a 1860 él y su familia viajaron por Francia e Italia. Regresaron a la casa Wayside en 1860, donde Hawthorne permaneció hasta su muerte, acaecida en un viaje por New Hampshire en compañía de Franklin Pierce.

Se discute entre los biógrafos si la vida reclusa de Hawthorne era o no una leyenda. Mientras unos pretenden ofrecer la imagen de un solitario soñador, otros lo presentan como un valiente hombre de mundo. Lo cierto es que era ambas cosas. De hecho, las alternancias de identidad aquí sugeridas no eran sino dos energías activas al mismo tiempo. Concibió *La letra escarlata*, una obra crepuscular, mientras trabajaba en la oficina de aduanas de Salem a plena luz del día. También es cierto que el aislamiento comparativo en Lenox y Concord produjo libros muy «públicos», como *La casa de los siete tejados*, *True stories from history and biography* (1851), *The Life of Franklin Pierce* (1852) y dos recopilaciones de cuentos infantiles (*Libro de las maravillas para chicas y chicos*, 1852, y *Cuentos de Tanglewood*, 1853), así como las grandes obras nacidas de su imaginación, *La estatua de nieve y otros cuentos contados dos veces* (1852) y *La granja de Blithedale* (1852). No resulta osado decir que la fuerza generadora de la actividad creativa de Hawthorne era la tensión entre su ser público y diurno y su ser privado y crepuscular, dado que pasó su vida intentando «establecer una relación» entre ambos mediante la ficción.

La historia de la literatura americana es en parte una continuación del conflicto que sufrió Hawthorne; es la historia de las tensiones entre las diversas versiones del éxito o

la trascendencia que se han ido acumulando por un lado bajo la amplia expresión «sueño americano» y por el otro bajo el examen desencantado de ese sueño en la literatura nacional sería. A partir de Edward Johnson y su dios proamericano, la literatura se llena de relatos de buscadores que esperan hacer realidad el sueño de una existencia que trascienda las limitaciones del común de los mortales. A menudo esa presunción se expresa a través de una enorme riqueza, como un patrimonio histórico, psicológico y muchas veces literal. Por consiguiente, uno de los temas recurrentes es el de la idea del aspirante americano, alguien que espera heredar sin estorbos una gran promesa del pasado, como el Pierre de Melville, o que espera encontrar su propio lugar en ella mediante la recuperación de un pasado o legado perdido, como el Redburn del mismo autor. Como el coronel Sellers de Twain, el aspirante cree estar adentrándose en la amplia avenida que conduce a la riqueza, que le granjeará una mayor condición de ser, un cumplimiento de todos los anhelos, recuerdos y posibilidades de deseo. Así, en los albores de la ficción americana, James Fenimore Cooper relató un conflicto entre dos herencias: la herencia de la tierra como propiedad y la herencia de la naturaleza como moralidad. La visión de Cooper de la relación entre ambas posee mayor complejidad de la que suele atribuírsele, pero sus personajes, ya sean Ishmael Bush de *La pradera* o los aristócratas de *Home as Found* y *The Littlepage Manuscripts*, acaban entendiendo la necesidad e ineluctabilidad de un sentido de la limitación que es negado por las ensordecedoras voces del progreso que se alzan por todas partes en la nueva democracia.

En este contexto, los personajes de Cooper están tan sólo a un paso del Christopher Newman de Henry James, el conde americano de Mark Twain (existen algunas semejanzas sorprendentes entre Hawthorne y Twain, desde que sus padres perdieron legados familiares hasta que los tres manuscritos inacabados que dejó Hawthorne al morir en

1864 son relatos de aspirantes americanos), el Clyde Griffiths y la hermana Carrie del autor Theodore Dreiser, el Sutpen de William Faulkner y, la más popular de las figuras arquetípicas, el Jay Gatsby del escritor F. Scott Fitzgerald, cuya historia concluye con las conocidas líneas que resumen la búsqueda nacional por parte de Estados Unidos del «orgiástico futuro que año tras año retrocede ante nosotros. Se nos escapa en el momento presente, pero qué importa; mañana correremos más deprisa, nuestros brazos extendidos llegarán más lejos... Y una hermosa mañana...».

Hasta mediados del siglo XIX Hawthorne centró su sombría imaginación en la soleada Salem. Del mismo modo que, a finales del siglo XIX y principios del XX, el poeta Edwin Arlington Robinson lo hizo con su propia ciudad natal, Gardiner, Maine, cuyo habitante del mismo nombre, Robert Gardiner, interpretaba un papel en la visión de las cosas de Hawthorne. Sus magistrales y compactas estampas espirituales retratan en Maine a los mismos personajes yanquis que Hawthorne había visto a su alrededor en Salem. El materialismo triste de «Tilbury Town», nombre que Robinson dio a Gardiner, donde vivían sus «Hijos de la Noche», era la continuación poética por parte de Robinson de lo que Hawthorne había visto como un conflicto entre el hecho y la imaginación, el materialismo y el arte, el comercio y el alma. Pero hay algo más que una conexión literaria entre el Massachusetts de Hawthorne y el Maine de Robinson, y esa conexión completa las famosas últimas líneas de Fitzgerald: «Y así seguimos adelante, botes contra la corriente, empujados sin descanso hacia el pasado».

En una visita a Gardiner llevada a cabo en el verano de 1837, Hawthorne cavilaba sobre la pretenciosa mansión en ruinas de Robert Halowell Gardiner, y el 11 de julio escribió en su cuaderno una entrada en la que consideraba las grandes mansiones de América un signo de la carga destructiva impuesta a los descendientes por el orgullo de los antepasados. «Este tema», comentó Hawthorne, «ofrece abundan-

tes puntos de reflexión en referencia a la indulgencia hacia el esplendor aristocrático en las instituciones democráticas». La unidad democrática y común, un vínculo moral de fraternidad frente a un orgullo aislante y aristocrático, constituye otro elemento omnipresente en la obra de Hawthorne que puede encontrarse en todas sus novelas y en muchos de sus cuentos. Resulta fundamental en *La casa de los siete tejados*, y como veremos al analizar el final de la novela, crea más tensiones para Hawthorne. El problema era que la metáfora más clara para el sentido metafísico que tenía Hawthorne de la democracia universal era la democracia política de la república estadounidense. Sin embargo, era precisamente el exceso y la desconsideración de ese mundo diurno lo que impulsaba a Hawthorne a aislarse aún más en su mundo crepuscular y sombrío de imaginación creativa. No obstante, Hawthorne se aferraba con todas sus fuerzas a la idea de la democracia como espíritu redentor de los afectos humanos mutuos y cooperativos en el mundo cotidiano y universal de la gente corriente, y del mismo modo que veía en todas partes el conflicto entre democracia y orgullo, en sus ficciones optaba por el triunfo moral de la integración en el mundo corriente.

En 1832, en un viaje por las Montañas Blancas, Hawthorne se tropezó con materiales para un cuento contado dos veces al que llamó «El Gran Carbuncho», en el que el valle del río Saco, junto a la frontera de Maine, se convierte en el emplazamiento para la búsqueda de una gema maravillosa que representa lo absoluto. Entre quienes la buscan se halla un comerciante de Boston, materialista y «notable», Ichabod Pignort, y un lord enjoyado que pasa «buena parte de su tiempo en la bóveda funeraria de sus difuntos padres, hurgando en los ataúdes labrados en busca de la pompa terrena y la vanagloria ocultas entre huesos y polvo; de modo que, además de la suya, acumulaba la altanería de toda su prosapia». Estos dos individuos, que se inscriben en una filiación directa con personajes como el coronel

Pyncheon y Jaffrey Pyncheon, fracasan como ellos en sus ansias de alcanzar una elevada posición social. Ninguno de los buscadores consigue el Gran Carbunclo, por supuesto, y los supervivientes de la búsqueda, una pareja de recién casados que ya anuncia a Phoebe y Holgrave, rechaza con sensatez esa búsqueda y opta democráticamente por un destino corriente y limitado junto al resto de la humanidad.

La batalla entre mortalidad corriente y trascendencia orgullosa se remonta para Hawthorne a Adán y Eva. En la imaginación de Hawthorne el material de *La casa de los siete tejados* se sitúa antes de 1837 y 1832. En una época histórica, entre 1620 y 1630, el rey Jacobo I había concedido una patente para más de cinco mil kilómetros cuadrados entre los ríos Muscongus y Penobscot, una extensión de tierra que formaría los condados de Knox, Lincoln y Waldo en Maine, junto a lo que sería Gardiner. El general Samuel Waldo supervisó los terrenos con tanto éxito que los propietarios que los habían arrendado le cedieron dos mil trescientos kilómetros cuadrados, aproximadamente la mitad del territorio. Tras la muerte de Waldo en 1759, las tres quintas partes de la Patente Waldo pasaron a través de herencia, matrimonio, confiscación y compra a las manos de Henry Knox, cuya propiedad fue reconocida por la ley estatal ya en 1785. Como el coronel Pyncheon, Knox construyó su mansión, Montpelier, sobre las tumbas de algunos de los desposeídos. Su esposa, Lucy, introdujo en la región el primer clavicémbalo y, como Alice Pyncheon, deleitaba con su música a quienes acudían a escucharla, al tiempo que con su altivez se ganaba la antipatía de sus vecinos. No obstante, cuando Knox murió en 1806, su propiedad, como la de Robert Gardiner, quedó reducida por las deudas, y su hijo, pobre e incapacitado por el lujo que le había rodeado desde su infancia, no prosperó. El 6 de agosto de 1837, Hawthorne visitó Montpelier en Thomaston, y seis días después anotó en su cuaderno esta observación: «La casa y sus alrededores, así como todo el territorio que abarca la Patente

Knox, puede considerarse una ilustración de lo que debe de ser el resultado de los modelos aristocráticos americanos».

Las ideas ilusorias del aspirante americano, simbolizadas en una mansión en ruinas, estaban intrincadamente entrelazadas entre Salem y Maine desde el punto de vista geográfico, y entre la democracia y la aristocracia desde el político, en la imaginación con la que Hawthorne había absorbido sus materiales. Y esos materiales estaban cerca de casa. Hawthorne observó en su cuaderno que la mansión de Robert Gardiner «será conocida durante siglos como el "Disparate de Gardiner"». Por supuesto, conocía la existencia del edificio de su propio tío materno, Robert Manning. El yerno de Hawthorne, George Lathrop, llegó a comentar que la mansión de Manning era «tan ambiciosa que se ganó el título de "Disparate de Manning"». El abuelo materno de Hawthorne había poseído miles de acres en Maine, y la familia Manning esperaba recobrar la fortuna perdida al recuperar el título de propiedad de la tierra. El propio Hawthorne asoció sueños de dicha a esa titularidad, pues durante sus visitas de infancia y en 1818, cuando su madre recién enviudada trasladó a la familia a la inmensa casa de Robert junto al lago Sebago, cerca de Raymond, el joven Nathaniel experimentó los tiempos más felices de su niñez. No le gustó nada regresar solo a Salem para estudiar, y muy pronto conoció tanto la tremenda energía del deseo de recuperar la dicha perdida como la cualidad ilusoria de ese sueño. Desde los catorce años, las casas antiguas e inmensas, Salem, la tierra de Maine, el orgullo pretencioso, la feliz hermandad entre los seres humanos y los patrimonios empezaron a formar en sus visiones una amalgama de repetitiva e ineludible esperanza y melancolía, pérdida y salvación, como una condición de la propia historia humana, una condición que creaba una necesidad desesperada de soleada alegría en las oscuras necesidades en que se ven atrapadas todas las vidas humanas.

Las tierras de Manning, como las tierras de ficción de Pyncheon, las habían cedido los indios a un antepasado suyo en el siglo XVII. Así, también la Patente Waldo formaba parte de una antigua cesión de tierras por parte de los indios Penobscot al gobernador colonial William Phips, un derecho que con el tiempo y a través de matrimonios y herencias convirtió las tierras en propiedad de Knox. Bajo la autoridad de Phips, la combinación de la ciudad de Salem con las mansiones antiguas y con las inmensas propiedades de Maine alimenta las especulaciones de Hawthorne acerca de la naturaleza del sueño americano que constituyen el núcleo de *La casa de los siete tejados*.

William Phips (1651-1695) era el Gobernador Real de Massachusetts en 1691. Fue él quien inició los juicios por brujería, dando comienzo a una bochornosa época de repugnante histeria y codicia por las tierras cuyo recuerdo sentiría Hawthorne como una sombra sobre el alma de la nación en general y de su propia familia en particular. La pasión del celo puritano que se desató en 1692 salpicó a todo el mundo; hasta la esposa del gobernador fue acusada. Sin embargo, cuando eso sucedió, a Phips le pareció conveniente escuchar con más atención a la creciente oposición contra los juicios, y el 29 de octubre de 1692 disolvió oficialmente el tribunal. Aun así, persistió la opresión de los días del juez Hathorne. En 1695 Thomas Maule, un constructor que había sido arquitecto y jefe de construcción de la primera iglesia cuáquera de Salem (1688), fue encarcelado por publicar un panfleto que acusaba a las autoridades eclesiásticas y estatales de Salem de los auténticos crímenes cometidos durante la caza de brujas. Antes había sido condenado a diez latigazos por acusación falsa contra el pastor John Higginson de la Primera Iglesia de Salem. (Hawthorne resucitaría a Higginson para que iniciase las celebraciones de la fiesta organizada en casa del coronel Pyncheon). Este hecho sentó las bases de la ambientación y los personajes principales de la obra de Hawthorne. Además,

el autor obtuvo inspiración para la maldición ancestral que constituye el legado de la familia Pyncheon: la *History of Massachusetts* de Thomas Hutchinson (1795), libro que Hawthorne conocía, cuenta un episodio en el que Sarah Good, una mujer condenada por brujería, señaló a uno de los jueces, el reverendo Nicholas Noyes, y dijo: «Dios le dará sangre para beber».

Hay ocasiones en que la vida parece imitar al arte. Para empezar, Noyes murió de una hemorragia. Para seguir, tras haber utilizado nombres auténticos (incluso el médico, John Swinnerton, era un personaje real, y su hijastro se casó con la hija de Maule) para relatar acontecimientos de ficción y elegir un nombre ficticio y dickensiano —Pinch— para la familia codiciosa y culpable, Hawthorne se vio sorprendido por las protestas de una familia de Salem llamada Pynchon cuya existencia desconocía. Que existieran realmente resultó de lo más oportuno, dada la estrecha interrelación de los materiales reales de Hawthorne en una imaginación que asimilaba y condenaba lo que la alimentaba. En una confusión parecida entre la realidad y la imaginación, Salem, tanto en su versión contemporánea como en su versión antigua, pareció alcanzar su apoteosis en la casa que la prima de Hawthorne, Sarah Ingersoll, poseyó en la década de los cuarenta del siglo XIX. La vivienda, situada en el número 54 de la calle Turner, había sido construida en torno a 1660 y remodelada varias veces. Cuando Hawthorne la visitó, su prima Sarah mencionó que en una de sus anteriores versiones había tenido siete tejados. Se cuenta que mientras descendía desde el desván durante la visita, el autor comentó: «La casa de los siete tejados... suena bien». (A pesar de la Cámara de Comercio de Salem, no existió ninguna edificación que fuera la de los siete tejados: en 1909 la casa de la calle Turner fue remodelada una vez más a fin de adaptarse a las descripciones de la novela para que los turistas viesen lo que esperaban ver, y se ha mantenido así hasta nuestros días).